

LA MEDICINA

EN LOS DEPARTAMENTOS ANTIOQUEÑOS, POR
EMILIO ROBLEDO

Medellín, 1924.

No conocemos un estudio más completo sobre la Medicina en Colombia que el que acaba de publicar el Dr. Emilio Robledo, sobre la historia de la medicina en los Departamentos de Antioquia y Caldas, y decimos en Colombia, porque no conocemos obra alguna de los demás Departamentos sobre esta materia y que tenga la importancia de la que acaba de publicar en Medellín el Dr. Robledo, si exceptuamos la Historia de la Medicina en Bogotá del Dr. Pedro María Ibáñez y los datos que ha agregado el académico D. José María Restrepo Sáenz.

El estudio de que vamos a hablar es muy completo y muy interesante y revela en el autor grandes dotes como historiador.

El libro comienza con el "Estado de la Medicina entre los Indígenas." En esta parte el autor recoge gran número de los datos que los historiadores dejaron en sus obras sobre el modo como en los indios se ejercía la profesión de médico, y habla de algunos de los métodos curativos empleados entonces. Como los indígenas "eran famosos herbolarios y conocían las virtudes medicinales de las plantas", siempre ha habido entre los hombres de ciencia cierta curiosidad por conocer qué plantas usaban aquellos seres de las selvas vírgenes para tratar las enfermedades. El ilustre profesor José Vicente Uribe solía hablar en sus clases de Clínica sobre las plantas que usaban los indios como hemostáticos, como purgantes y como emolientes; pues él había vivido varios años en el Chocó y conocía muchos de los usos y costumbres de los indios que viven en esas montañas.

Las multitudes que seguían con admiración al célebre Perdomo, no solamente lo hacían por la sugestión que les imponían los efectos del “toro”, sino por el famoso hemostático —secreto indio— que empleaba en las operaciones de pequeña cirugía, según refieren los que aún se acuerdan del éxito popular más extraordinario de que se tiene noticia en el ejercicio de la medicina en Antioquia. En Medellín vivió Perdomo en la Plazuela de San Roque, y en una de las casas vecinas vivía el Dr. Manuel Uribe Angel. Nadie entraba a la consulta del hombre científico, y el gran número de gentes que esperaban la hora de tomar el “toro” y que acudían de todos los pueblos de la Provincia, pasaban por frente a la casa del Dr. Uribe riéndose de la soledad en que se encontraba el ilustre médico. Así nos lo refirió el mismo doctor alguna vez que hablábamos sobre el significado de los éxitos, no sólo en medicina, sino en el ejercicio de otras profesiones, cuando estaban rodeadas de ciertos hechos llamativos, como “los secretos de los indios” y las manifestaciones solemnes y misteriosas de los que fácilmente hacen creer a los inocentes en obras estupendas y prodigiosas. Pero en el indio Perdomo por lo menos existía lo del hemostático.

Los indios, refiere algún historiador, empleaban el yarumo, el mamey, los cuescos de varias palmas, el aceite de cacao, la leche de coco, el higo silvestre y el coaconax, el mocot, la yerba Y, o sea la batatilla, la perorica y el bencenuco para tratar varias enfermedades, como úlceras, extranguiria, fracturas, mal de hijada, heridas, etc. Agregamos estos datos a los que da el Dr. Robledo por lo que tienen de interesantes y poco conocidos. Persona que nos merece crédito, nos refirió en Andes, que los indios de Rioverde usaban unas hojas que dadas a oler producían hemorragia nasal y que al usar otras de distinta clase, cesaba rápidamente ésta.

Médicos del tiempo colonial.—“A los méto-

dos curativos de los habitantes autóctomos, dice el Dr. Robledo, lógicos unos y fundados en el conocimiento de la flora, la fauna y la gea, y productos los otros de necias y torpes preocupaciones se siguió un período—el Colonial—que no superó en nada a aquél y en el que se hizo uso de los simples.”

Poco más ha podido decir el autor sobre este período, porque en los albores del siglo XIX apenas si comenzó el país a conocer médicos con algunos conocimientos científicos. El Dr. Robledo, lo mismo que la mayor parte de los historiadores, parece indicar al Padre Miguel de Isla como el primer profesor de Medicina en Colombia. Vargas Jurado dice sin embargo que en 1758 fué nombrado Vicente Román Cancino Protomédico por el Virrey Solís, y el Dr. Pedro María Ibáñez asegura que ese nombramiento fué confirmado por Real Cédula de julio de 1760, imponiéndole la obligación al agraciado de regentar la cátedra de Prima en Medicina, fundada en el Colegio del Rosario más de un siglo antes. Cancino abrió el primer curso de Medicina en la Colonia, según el historiador Ibáñez.

Influencias de las escuelas médicas europeas de principios del XIX e implantamiento de los procedimientos científicos en nuestros territorios.

Es este estudio quizá el más interesante del libro. Con qué erudición habla el autor de lo que ocurrió de 1800 a 1872 en Antioquia en materia de práctica médica. Desfilan por esas páginas los nombres, fotografías y bocetos de los médicos ingleses y colombianos que ejercieron en nuestras poblaciones. Los bocetos de estos precursores están escritos con justicia y hasta con cariño. Y bien lo merecen esos distinguidos servidores públicos, entre los cuales hay quienes nos fueron después personal y científicamente caros como maestros, amigos y colegas. Vive aún Juan de Dios Uribe Gómez, corazón de oro, modesto y muy competente profesor, que nos protegió y ayu-

dó desde los primeros años en que comenzamos a estudiar con él Botánica, Anatomía y Patología interna. Julián Escobar, uno de los espíritus más comprensivos y amables que hemos conocido como maestro y como amigo. Sus clases de Fisiología y de Patología General eran interesantísimas, por la claridad de la exposición y por el conocimiento profundo que revelaba en esas materias. Ni podemos olvidar las distinciones, aunque inmerecidas, de que fuimos objeto por parte del insigne maestro. Que reciban desde lejos este recuerdo de gratitud esos queridos y recordados profesores nuestros. Ramón Arango, Profesor de Patología Externa, otro maestro incomparable por su ilustración y su talento, y para quien guardamos como profesor y luego como noble colega la más grata memoria, y cuya muerte reciente dejó un vacío difícil de llenar en la ciencia y en la política.

¡Y qué hombres los que ejercieron la profesión médica en Antioquia en esa época! Williamson, Treherne, Jervis, Whiteford, Fergusson, Estrada, Aureliano Posada, José Ignacio Quevedo, de la Roche, Uribe Angel, Alejandro Londoño, José Vicente Uribe, Ricardo Escobar R. y tantos otros, que sin asepsia ni antisepsia, hacían con éxito operaciones de gran cirugía como las que practicaban en Europa.

Hay varios datos referentes a estos profesores en el libro del Dr. Robledo, que lo hacen muy interesante, y quedan otros, más que todo de origen popular, pero imposible de referirlos tratándose de tantos como figuran en la obra que estudiamos. De D. Nicolás Villa, por ejemplo, el célebre médico que residía en el Guayabal, hemos oído referir que habiendo prohibido uno de nuestros Congresos el ejercicio de la medicina a los que no estuvieran graduados, y D. Nicolás que no lo era, después de oír muy atentamente al paciente que iba a buscarlo para que le recetase, le decía: No puedo recetarle porque estoy multado,

pero si yo fuera el enfermo me tomaría esto y aquello, y así iba dictando la receta, y agregaba: creo que así me curaría yo; y por este medio iba recetando a todos sus clientes lo que creía conveniente, burlando la ley de esta manera ingeniosa. Y la anécdota referente a la "orina del burro", imposible de referir en un artículo de esta clase, indica, o una refinada malicia, o una gran penetración de D. Nicolás.

El Dr. Juan Crisóstomo Uribe, aunque muy dado a la política, era un médico eminente. En la guerra contra el gobierno del General José Hilario López y en la cual tomó parte, fué a dar a Lima después de la derrota, con Sergio y Julio Arboleda y los Cárdenas. Al cabo de algunos meses de permanencia en esa ciudad, enfermó gravemente de disentería el Jefe de la República. Como llegara a creerse en un desenlace fatal, D^a Manuela Sáenz hizo saber al gobernante, que entre los granadinos residentes en la ciudad había un médico a quien sus compañeros de destierro, trataban con el mayor respeto y admiración, y aunque no era permitido recetar a los extranjeros, Uribe fué llamado a prestar sus servicios médicos al distinguido enfermo. El Presidente recobró la salud, le dio a Uribe una gran suma en soles por sus servicios y le concedió permiso para recetar en la ciudad. Parece que éste consiguió mucho dinero en el ejercicio de la profesión en Lima, y de ahí pasó a Europa en viaje de paseo y estudio. Esto nos lo refirió alguna vez el Dr. Uribe Angel.

Poco después del regreso de Uribe al País, vino la guerra de 1860. Tan notable era en la política el Dr. Uribe, que el Dr. Calvo lo nombró Secretario de Gobierno y Guerra, y ya sabemos cómo murió en las calles de la ciudad, al frente del ejército legitimista, en combate contra las tropas del General Mosquera.

Aunque el Dr. Juan Crisóstomo era poco dado al ejercicio de la profesión, le recetaba siem-

pre a un hombre que había sido su ordenanza en algunas revoluciones en que había tomado parte; pero resulta que éste pedía receta en nombre de su padre para aplicársela a uno de sus clientes de un barrio de la ciudad de Medellín, en donde ejercía la medicina en calidad de tegua. Presentóse un día a pedir receta como siempre para el padre, pero fué haciendo una relación de síntomas tan claros sobre lo que se denomina en las mujeres "estado interesante", que el Dr. Uribe montado en cólera le dijo: "Pero hombre, no sea Ud. bruto. No ponga a su padre en ese trabajo". El Dr. Robledo habla de D. Juan Carrasquilla como propagador de la vacuna, y si mal no recordamos, también fué éste quien preparó el primer carbonato en Medellín con incidentes curiosísimos, según lo refiere D. Alejandro Barrientos en artículo muy interesante.

Descendiente de D. Juan fué D. Juan de Dios Carrasquilla, maquinista—se llamaba así en tierras mineras al que construía bocartes—y luégo fué dueño de botica y médico popular en Remedios. Era un aficionado al ejercicio de la medicina sin grandes conocimientos, pero de una audacia inconcebible. Hombre de muy buenas prendas personales, generoso y de mucho chiste. Un día fué herido en la plaza de Remedios un sujeto pendenciero por otro de la misma clase, con una navaja barbera, en el vientre. Cayó al suelo con los intestinos afuera. Unas pocas personas se acercaron al lugar del suceso y entre ellas D. Juan de Dios Carrasquilla y D. Pío González. Este recogió los intestinos y comenzó a quitarles con la mano la arena que se les había pegado en el suelo, hasta que un tendero llegó con una totuma con agua y los lavaron. Y una vez reducidos, D. Juan de Dios sacó del carriel de vaqueta una aguja de arriero ensartada en un cáñamo muy delgado, e hizo la sutura.

Años después el herido, que curó completamente, tuvo tiempo para dar muerte a dos o tres

de sus semejantes. Conocimos al bandido y estuvimos presentes, siendo muy niños, a la operación quirúrgica practicada por D. Juan de Dios, al aire libre.

Había en Remedios un hombre que andaba por las calles envuelto en una frazada, porque una enfermedad testicular, que decían era elefantiasis de los Arabes, no le permitía usar pantalones. Hizo viaje a Medellín para ver de curarse, pero ninguno de los cirujanos de esa ciudad se atrevió a operarlo. Regresó a Remedios, y D. Juan de Dios lo operó. Uno de los testículos pesaba siete libras y el otro dos. Puesto el operado en una casa con nombre de Hospital en el extremo de la Calle del Retiro, se infectó de tal modo que la herida se llenó de gusanos. Pero quién dijo miedo! D. Juan de Dios le aplicó cebadilla para matar los gusanos, y el hombre andaba después por las calles del pueblo sano y salvo y con pantalones.

Tuvimos ocasión de hablar con D. Juan de Dios muchos años después y cuando ya ejercíamos nosotros la profesión médica, sobre estos asuntos. Nos lo repitió como lo referimos aquí, y nos agregó: Ve Ud. este dedo mocho? Pues le contaré: Un día en el banco de carpintería me di con el mazo sobre este dedo; de la uña hasta la mitad quedó hecho un masato. Entonces cogí una azuela y corté de un tajo lo despedazado. Envolví eso cuidadosamente en un papel y se lo envié a mi mujer. Pero no abandoné mi trabajo por este accidente y por la tarde fuí a comer tranquilamente con mi familia.

Y ve Ud. esta cicatriz en la nariz? Fué una herida con una astilla de macana cuando estaba haciendo el molino de la mina de Sucre. Al verme casi desnarigado saqué un espejo del bolsillo, lo coloqué bien, y con una aguja capotera ensartada en hilo doble, cosí la herida.

Y otras muchas anécdotas se nos vienen a la memoria sobre los médicos de que habla el autor

en esta época. Del Dr. Teherme nos han referido una historia sobre el amor entrañable que tenía por su esposa y el de ésta por él, que al ser verdadera, sería materia para un artículo interesantísimo e idílico. Como el Dr. Robledo es oriundo de Salamina, según entendemos, y fué allí donde vivió el célebre médico inglés con su esposa en los últimos años de su vida, se nos ocurre recordarle ese filón, porque bien sabemos que maneja la pluma del literato como la del historiador.

Y cómo sería de interesante referir el modo como el Dr. Williamson conoció y se enamoró de la que fué después su esposa; de lo que le aconteció al Dr. Buendía con Galeano, en el Peñol, en donde ejerció la profesión de médico; la historia del tegua Cárdenas, y cómo operó desastrosamente unas hemorroides en persona muy distinguida, y el modo como curaba los epiteliomas, etc. etc. Por supuesto que en un libro como el del Dr. Robledo no había por qué extenderse en estas materias, y antes nos sorprende el que haya recogido datos tan notables sobre los médicos de que habla. Los bocetos biográficos quizá podrían aumentarse con detalles de algún interés, pero esto requiere tiempo y dinero que siempre faltan; y es ya una labor merítisima la que ha llevado a cabo el Dr. Robledo.

Iniciación de los estudios médicos y manera como éstos se han desarrollado hasta nuestros días.—Muy intensa y laboriosa es esta parte del libro. Cómo el Dr. Robledo ha podido reconstruir, podríamos decir así, la historia de este período sin olvidar un dato, sin perder un detalle, es cosa que nos sorprende y admira. Porque el servicio que ha prestado a la historia de la medicina en Antioquia, es incalculable, y abre el camino para que los que vienen atrás adquieran, no sólo la curiosidad, sino el entusiasmo en esta clase de estudios, que han de ser más y más completos en lo futuro, hoy que se publican revistas médicas y queda constancia hasta en los diarios, de las ope-

raciones quirúrgicas que se practican, no sólo en las capitales de Antioquia y Caldas, sino en otras poblaciones de esos Departamentos. Y si así todos los médicos hicieran lo que Alonso Restrepo M., que todavía muy joven ha publicado dos interesantes folletos sobre sus labores como Médico y Cirujano, se iría formando así un archivo que el futuro historiador podría utilizar con facilidad y provecho.

Tenemos para agregar a la historia de la Medicina de Antioquia algunos datos que pensamos coleccionar y ordenar tan pronto como sea posible, como estos:

Sobre el primer médico que extirpó en Antioquia el bocio; sobre el que practicó la operación de vegetaciones adenoideas por primera vez; sobre el primero que aplicó el forceps en los partos; cómo y cuándo se practicó la primera operación de prostatectomía abdominal; sobre el que estableció los baños generales en neumonías de los niños y en casos de fiebre tifoidea de éstos y adultos; y quién prescribió las limonadas heladas en el sarampión y la gripa; sobre quién aplicó la cocaína como anestesia local en la extirpación del epiteloma del labio superior, por primera vez en el Hospital de San Juan de Dios; quién empleó la corteza de sauce como purgante; quién aplicó la primera inyección de 606, etc., etc.

Se nos ocurre indicar al Dr. Robledo y a los Dres. Uribe Mejía, Juan B. Londoño, y a los jóvenes profesores a quienes les interesen estudios de esta clase, que investiguen otros puntos semejantes a éstos, aunque sea en notas breves, como por ejemplo:

— Quién aplicó la primera inyección de quinina y de morfina? Quién introdujo la Sal Glauber?

— Quién fué el médico que empleó las hormigas arrieras para afrontar los labios de las heridas en el combate de Itagüf?

— Quién hizo la primera trepanación del cráneo y cuántos se han hecho en Antioquia?

Quién habló el amigdalotomo por primera vez?

En fin, todo aquello que además de ser curioso, indique los rasgos de iniciativa, de audacia y de interés por la humanidad.

Desde 1872, dice Robledo, puede decirse que comenzaron seriamente los estudios médicos en Antioquia y con intermitencias y sin mayores recursos, pero siempre con profesores excelentes, la Escuela fué desarrollándose con plan, con método, hasta la altura en que se encuentran hoy y a dónde llegará mañana es fácil concebirlo, dado el interés y el entusiasmo en este sentido por las Asambleas, por el Gobierno, por los que dirigen la Facultad, lo mismo que en todo lo que se refiere la instrucción pública. Lo que pudieron hacer los Rectores de 1872 a hoy, lo va explicando Robledo con mucha precisión: sobre los estudios que se hacían, sobre los que enseñaban, sobre los recursos que iban adquiriéndose, sobre los primeros que se graduaban en la Facultad, sobre los adelantos que traían los que habían hecho estudios en Bogotá, en París y Nueva York y sobre la altura a que llegaron los estudios literarios en cierta época. De esta relación se desprende qué labor tan útil y patriótica ha realizado el Dr. Robledo al escribir este libro.

Y cuando pasa por la época en que fué estudiante, habla de sus maestros y condiscípulos con la justicia debida y con la amabilidad que inspira el compañerismo a todo el que es caballero *pur sang*. Tiempos ésos, en los que pasaban por los claustros los Quevedos, Calle, los Duques, los Pérez, Llano, Alejandro Londoño, Aquilino Soto, Jiménez, Alfouso Castro, Gil y otros; y como Maestros, Montoya Flórez, Maldonado, Juan de Dios Uribe, Peláez, Juan Clímaco Alvarez, Bernal, Londoño, Tobón, Rafael Pérez, Uribe Mejía, Castrillón y Francisco Arango.

Cómo pasa la vida y cómo van quedando esos recuerdos como "la planta parásita



D. TOMAS HERRAN

Que aún seco el árbol su verdor conserva.”

No queremos terminar estas líneas sin llamar la atención a algo que nos concierne personalmente. El Dr. Robledo en este libro y en otro en que habla de los Rectores de la Universidad de Antioquia, ha tenido frases muy amables al hablar de nuestras labores en ese Instituto.

Esto no nos ha sorprendido. Robledo fué nuestro Secretario y nuestro discípulo, y desde entonces pudimos apreciar su corrección absoluta en todo, su aplicación a los estudios médicos y a los literarios, y su noble carácter. Desde esa época comprendimos que Robledo iría muy lejos y obtendría muchos triunfos en su carrera, y así ha sucedido. El, como otros muchos discípulos, ha sido siempre leal y caballeroso para con su viejo maestro y amigo; y si a nosotros, como a todos los que han sido directores de adolescentes y adultos, también nos han negado, antes de que el gallo cante, es porque el sentido moral es imposible enseñarlo a otros, como no puede enseñársele a nadie a tener talento. Los hombres como los animales pertenecen a razas superiores e inferiores, y cada cual va revelando desde los claustros, a qué raza pertenece.

EDUARDO ZULETA

D. TOMAS HERRAN

Y ALGO SOBRE EL TRATADO HERRAN-HAY

Este caballero nació en Bogotá en 1846, del matrimonio del ilustre general Pedro Alcántara Herrán (que ejerció la Presidencia de la Nueva Granada en el período de 1841 a 45) y de D^a Amalia, que era popayaneja e hija del general Mosquera y de D^a Mariana Arboleda.

Quando el general Herrán se trasladó a los Estados Unidos a encargarse de la Legación de su Patria en Wáshington, confió la educación de su hijo Tomás al Colegio de Georgetown (establecido en las cercanías de aquella metrópoli), dirigido por los PP. Jesuítas, muy acre-